

La Feria*

José María Arguedas

La sierra del Perú es todavía una región de ferias. Ya no tienen el brillo y la misma actividad que tuvieron hace unos cincuenta años, pero son todavía las fiestas más grandes y el índice, la fecha calendario de todos los negocios, la muestra y el esfuerzo comercial de todo el año.

Es interesante comprobar que las ferias anuales más grandes, las de mayor renombre, las más populosas e importantes, se realizan en pueblos pequeños, y los más indios. En el centro, en el departamento de Ayacucho, la feria de Ingahuasi. Ingahuasi es una aldea india, perdida y casi invisible, a orillas de la laguna de Parinacochas a Ingahuasi. Esta es una de las lagunas más grandes y poéticas del Perú. El auki Sarasara, imponente montaña de nieve, se levanta a poca distancia de la laguna; su cumbre altísima, escondida entre nubes oscuras de aguacero, o brillando como espejo con la luz del sol, domina toda la provincia de Parinacochas; es el auki de todos los ayllus de la región, es decir, el dueño, el padre, el cuidante, el señor de toda esa tierra. El Sarasara se refleja y tiembla en el agua azul de la laguna, durante los días despejados. En este pueblito de Ingahuasi, y a la sombra del gran auki, se realiza la feria. Hace cincuenta años era una de las ferias más importantes del centro; hoy sigue siéndolo, pero las carreteras que cruzan toda la región han aplastado casi toda la actividad comercial de esa feria. Antes venían compradores de cinco o seis departamentos; caminaban arreando docenas de piaras de mulas 100 y 200 leguas para llegar a Ingahuasi. Todavía en 1921 los feriantes se extendían como una legua a la orilla de la laguna. Cantaban y bailaban por las noches, negociaban durante el día, y la feria duraba más de una semana. Ahora se reúnen los de la provincia y los de algunas otras provincias vecinas, y va siendo más fiesta que feria. Los indios viejos de Parinacochas se quejan y dicen que el auki Sarasara está resentido porque su feria decae año tras año; que está molesto, y algunas noches de luna camina por todas las pampas vecinas al nevado, y que muchas veces hondea grandes peñascos y los hunde en el fondo de la laguna, y que el agua de la laguna también llora y se queja por el silencio en que pasa ahora la gran fiesta de antes.

Una de las ferias más populosas del sur es la de Pampamarca. Como Ingahuasi, Pampamarca es pueblo de indios, pero Pampamarca es capital de distrito y es mucho más grande que

* La publicación del presente texto tiene como objetivo la difusión de una de las obras del conocido y ya fallecido escritor y antropólogo, José María Arguedas, cuyo aporte es sin duda importante en el marco de formación académica y de la producción de las Ciencias Sociales en América Latina. Este ha tenido varias ediciones: *La Prensa*, 12 de enero de 1941, Buenos Aires; *Indios, mestizos y señores*, Editorial Horizonte, 1985, pp. 83-87, Lima, Perú; y en *Obras Completas. Tomo VI*, Editorial Horizonte, 2012, pp. 296-299.

Ingahuasi. Los dos pueblos se parecen, sin embargo, en algo fundamental; también Pampamarca está a orillas de una laguna. Esta laguna de Pampamarca no es tan grande ni tan hermosa como la de Parinacochas, ni tan querida por los indios. Parinacochas quiere decir <<k'ocha>> de las <<parihuanas>>, es decir el lago de las parihuanas, y estas grandes aves son acaso las más hermosas del Ande; sobre sus patas largas y delgadas, un plumaje blanquísimo, y sus alas manchadas de rojo, un rojo vivo y brillante. Son aves raras, viven en las lagunas de altura, en el frío. La laguna de Ingahuasi o Parinacochas es una de las preferidas por las parihuanas. Y en todos los ayllus de esa región los indios les cantan waynos a las parihuanas y les ruegan que no se vayan, que siempre tengan sus nidos junto al gran auki y a orillas de la laguna madre. La laguna de Pampamarca es más chica, rodeada de totorales altos; de agua cristalina, en cuyo fondo se ven las nubes como en otro cielo. A la feria de Pampamarca venían, hasta hace unos cuarenta años, negociantes de Argentina y Bolivia; era el mercado fijo de las mulas argentinas y de todos los productos bolivianos con demanda en el sur del Perú. Igual que la de Ingahuasi, esta feria se muere ahora; dura un solo día, y apenas los indios de los otros pueblos van a llorar en la iglesia del pueblo, junto al altar de la Virgen. El mercado es pequeño y al menudeo; ahora la sección más grande es la de picantes y lechones para la gente que concurre a la fiesta. Todavía los varayok's se visten de gala y presiden la fiesta, y aún se llena la plaza de feriantes, pero las lomadas que rodean al pueblo permanecen ahora casi en silencio, antes hervían de gente, las tropas de mulas y caballos en venta se extendían hasta las chacras de trigo, cubriendo toda la lomada. Las carreteras están ahogando a estas ferias.

Pero las ferias que se realizaban en pueblos, que por su situación geográfica especial se han convertido en puertos terrestres, en cruce de carreteras y de líneas férreas, éstas no han decaído; al contrario, los pueblos sedes de estas ferias han crecido y siguen creciendo. Particularmente dos de estos pueblos son notables en el Perú: Huancayo en el centro y Sicuani en el sur.

Y como entre Pampamarca e Ingahuasi, entre estos dos pueblos hay también semejanzas fundamentales. Huancayo es mucho más grande, pero como Sicuani, es ciudad de mestizos, ciudad con cinematógrafos, con mucho tránsito de trenes y camiones, con clubes sociales, con periódicos, con sucursales de bancos, con muchas casas comerciales. Siendo mucho mayor la categoría de Huancayo que la de Sicuani en todo este movimiento económico y social. Y las dos son ciudades de calamina, de esta horrible calamina que está desfigurando a los pueblos de la sierra peruana. En ambas ciudades el 80 por ciento de la actividad comercial, de la vida de todos los negocios, está determinado por la feria dominical. En ninguno de los pueblos se cierran las oficinas públicas el día domingo. El miércoles es el día de descanso. El domingo es la feria. Las tiendas se abren a las 6 de la mañana y se cierran a las 9 de la noche.

Pero entre ambas ferias hay diferencias muy grandes. Huancayo, a nueve horas de Lima, capital comercial del valle del Mantaro, valle granero de Lima, hace una feria de mucho más volumen, de grandes negocios, a parte del aspecto indio y folklórico. La feria se realiza en la calle real, avenida de casi dos kilómetros; a lo largo de esta calle, en la calzada, dejando apenas espacio para el tránsito, se exhiben los productos en venta, desde los <<mates>>, que son acaso la muestra más hermosa del arte popular indio del Perú, hasta el ganado, que se vende en los alrededores de la plaza de toros.

En cambio, la feria de Sicuani es india, al menudeo. Tan extensa como la de Huancayo, pero de menor alcance económico. Sicuani es ciudad, una pequeña ciudad de mestizos, pero el día domingo la multitud india lo inunda todo, los ciudadanos desaparecen entre la <<indiada>> que baja de todos los pueblos del Vilcanota y del altiplano. La gente vestida de casimir se reduce a la proporción de un dos por ciento, a lo sumo. El sábado al mediodía, el tren del Cuzco llega a Sicuani trayendo un promedio de dos mil indios; esta gente duerme en la calle. En la acera de la estación colocan los sacos y cargas de productos, y la fila llega hasta el techo. Junto a las cargas los indios pasan la noche mascando coca, tocando charango y bandurria.

El domingo, desde el amanecer, entran al pueblo, por todos los caminos, grandes grupos de indios. En todos los caminos de entrada se ve como un desfile continuo de gente, hasta las 11 de la mañana; a esa hora han llegado casi todos los feriantes y recién los caminos se despejan.

En la feria de Sicuani se compran y se venden productos de fabricación india y productos destinados al consumo de los pueblos de indios. La sección de bayetas, de coca, de cerámica, de maíz, de harina, de panes, de picantes, de chullus y cintas, es la más extensa y la de mayor movimiento. Las tiendas de abarrotes venden mercaderías por valor de miles de soles todos los domingos. Hay, además, secciones que aparecen durante ciertos meses, y después desaparecen hasta el otro año. En el mes de diciembre se inaugura, por ejemplo, la sección de pinkuillos; el pinkullo es una quena de gran tamaño, hecha de una madera especial, hueca; este instrumento sólo se toca en carnavales, su voz es gruesa y solemne; después del domingo de carnaval la sección de pinkuillos desaparece.

Sicuani es un gran pueblo indio el día domingo. Frente a los puestos de venta de la feria hay una multitud constante que no decrece sino desde las dos de la tarde. Sicuani es este día un minucioso muestrario, una exhibición viva y entera de los pueblos más indígenas de una extensa región del sur. Y como cada pueblo, por más pequeño que sea, en la sierra del Perú viste de distinta manera, la feria dominical de Sicuani es el desfile más pintoresco y variado de la indumentaria india. Cada hombre o mujer lleva en su ropa, como quien dice, el nombre o la marca de su pueblo; y para quien siente el paisaje del Ande, para los que han crecido y nacido en esta tierra, la marca, este distintivo que las gentes de cada pueblo llevan en su vestido, no es sólo algo externo y decorativo, tiene un significado más íntimo, es un símbolo; en el vestido llevan los indios una especie de imagen de su pueblo, el retrato, el aire de su tierra.

Desde las 3 de la tarde empieza a dispersarse la feria. Desde esa hora se vuelven a llenar los caminos; de regreso, la gente desfila de nuevo y a la salida del pueblo una hilera constante de indios pasa. En la acera de la estación vuelven a amontonar sacos y cargas, hasta tocar el techo de calamina; todo lo que han comprado los indios que llegaron en el tren del sábado.

Pero no todos se van temprano; una parte se queda en las picanterías y en las tienditas que hay a uno y a otro lado en todas las calles del pueblo. En las picanterías toman chicha y en las tiendas toman cañazo, entre hombres y mujeres. Al anochecer tocan charango y bandurrias en las tiendas, a veces bailan. Todas esas callecitas huelen a alcohol y a chicha. Ya entrada la noche, hay centenares de indios ebrios arrastrándose por las calles. Así, borrachos, se van. En la oscuridad, ya en el camino, cantan, casi sin hablar, y lloran; acaso ellos mismos no saben por qué, pero desde lejos, por entre los eucaliptos, se escucha el llanto en todos los caminos. Mientras tanto, en las plazas y en las calles del pueblo se arrastran todavía cientos de indios ebrios; se pelean en la puerta de las tiendas, en las esquinas, en medio de las calles; se abrazan y se quejan, cantan y desafían. La feria se traslada a las calles y a las cantinas, y allí se apaga, poco a poco, entre la furia y el llanto de los indios borrachos.

El lunes por la mañana el pueblo parece vacío y desolado.